

—Yo los vengaré... Yo te vengaré, Lianata mia; lo juro sobre tu cabeza,—dijo Quibiam.

Y entregando á las vírgenes el cadáver de la pobre india:

—Llamad en torno mio á los caciques de las tribus doráceas y gumies, á todos mis vasallos que moran desde el Tebra hasta el Urira. Los blancos perecerán bajo los golpes de nuestras envenenadas flechas.

El tigre volvió á convertirse en leon; pero no tardó en comprender que su fuerza era inútil, y como le devoraba la sed de venganza, volvió á empuñar las armas de la astucia.

Capítulo XXXVII.

Astucia de los indios.

Los españoles habian visto con suma satisfaccion terminadas las casas que debian servir para habitacion de los colonos de Veragoa.

Ningun obstáculo habia turbado sus tareas, y al ver que Quibiam no oponia resistencia alguna á su dominacion, se entregaron á las más halagüeñas ilusiones.

Las embarcaciones permanecian en el rio, y un inexperado suceso vino á turbar la satisfaccion de los españoles.

El agua del rio habia ido disminuyendo hasta el punto de no ofrecer más que media braza de calado.

Fué preciso, por lo tanto, renunciar al propósito de partir á noticiar á España el gran descubrimiento que habian verificado.

Esto disgustó en extremo á Colon, que ansiaba por momentos ganar el terreno que habia perdido dando cuenta á los reyes de los inmensos tesoros que habia conquistado para ellos.

Envió una expedicion á explorar una parte de la costa que hasta entonces no habian visitado, y en este viaje fué en el que se vieron obligados los españoles á hacer uso de las armas contra los indios.

La noticia de este encuentro, fatal para los últimos, llegó á Quibiam en los momentos en que espiraba Lianata.

Sediento de venganza y ardiendo en ira, envió mensajeros á todos los caciques de su reino, mandándoles que se presentáran con todos los hombres disponibles, perfectamente armados, en su palacio, cerca del rio Tebra.

No tardaron en obedecer sus órdenes, y para que los españoles no abrigasen recelo alguno y se pusiesen en guardia, les mandó á decir que todos aquellos preparativos de guerra los hacia con el objeto de castigar á una tribu vecina que se habia rebelado contra él.

Los españoles vieron desde los buques y desde la colonia pasar gran número de guerreros indios, todos en direccion de la morada de Quibiam.

Pero como sabian el pretendido objeto de aquella reunion, ni Colon ni su hermano se alarmaron.

No sucedió lo mismo á Diego Mendez, el cual, á un tiempo astuto, curioso y arrojado, creyó descubrir

en aquel movimiento militar de los indios hostilidad contra los españoles.

—¿Qué creéis que debemos hacer?— dijo á Colon.

—Permanecer neutrales; nos han dispensado un gran recibimiento, nos han dejado establecer en la colonia, recoger todo el oro que hemos querido. A lo sumo, lo que debemos de hacer, como una muestra de gratitud, es ayudarles contra sus enemigos.

—¿Y si esos enemigos fueran imaginarios?

—¡Que siempre habeis de ser receloso!

—Perdonad, almirante; pero yo no me fio de esa gente.

—¿Creeis que son hostiles?

—No lo creo; estoy seguro de ello.

—Y sin embargo, no teneis ninguna prueba en que apoyar vuestro aserto.

—Tengo varias.

—Indicadlas.

—Mientras que hemos fundado la colonia, nadie nos ha dicho una palabra. ¿Pero no habeis reparado que de cuando en cuando se acercaban algunos indios á observar lo que haciamos?

—Por mera curiosidad.

—O por mandato de su rey.

—Quibiam es poderoso; cuenta con un crecido número de tropas; es valiente y arrojado, y lo suficiente sagaz para comprender que contaba con más probabilidades de vencernos antes de construir la colonia que ahora. Antes no teniamos más abrigo que

los buques. Ahora podemos hacernos fuertes en las casas que hemos fabricado; por mi parte, no abrigo temor alguno.

—Pues dejadme que os hable con franqueza. Yo tengo para mí que, gran conocedor de las mareas, sabía que en cierta época había de secarse el río, como ha pasado, y ha estado aguardando á que esto sucediera. Hoy no podemos huir. En alta mar le hubiera sido difícil perseguirnos y alcanzarnos; ahora estamos en su poder, y si se entablase una lid, tendríamos que luchar hasta perecer todos.

—Vaya, vaya, tranquilizaos, Mendez; yo sé que todo ese apresto militar nada tiene que ver con nosotros.

—Ningun trabajo cuesta averiguarlo.

—¿Qué intentais?

—Si me lo permitís, quisiera ir en un bote hasta la parte de la costa próxima al palacio de Quibiam. Allí están reunidas las tropas, allí han formado su campamento, y yo puedo observarlas.

—Si sus intenciones fueran hostiles, ese deseo podría seros peligroso.

—Nada importa; de esta manera les obligaremos á calmar nuestras dudas. Lo que ha de ser, que sea pronto; si son nuestros enemigos, al verme solo intentarán un ataque, y en ese caso yo me defenderé como pueda, y mis hermanos podrán ponerse á la defensiva.

—Id en enhorabuena.

Mendez eligió unos cuantos soldados de los más

aguerridos, bajó con ellos á uno de los botes, y aún no habían andado una legua por la costa, cuando descubrió un crecido número de indios, armados todos con agudas flechas.

—Voy acercarme á ellos,—dijo Mendez.

—No hagais tal,—objetaron sus compañeros.

—Estoy resuelto; permaneced vosotros cerca de la orilla, y á la menor señal saltad en tierra para auxiliarme.

Con la audacia que le era peculiar, saltó en tierra y se acercó á los indios.

Estos les veían llegar con asombro.

Había allí reunidos más de mil indios, y preparados al parecer para una larga expedición.

El jefe de ellos salió al encuentro de Diego Mendez.

Le preguntó cuál era el objeto de su visita, y el audaz español le manifestó que, estando muy agradecido Colon á los favores que había recibido de Quibiam y de todos los indios de Veragoa, y habiendo sabido que iban á partir en breve á luchar contra sus enemigos, quería ofrecerle todo su apoyo, á cuyo fin le enviaba con algunos hombres armados, que no esperaban más que sus órdenes para acompañarle al combate.

Temiendo una emboscada el cacique, manifestó profunda gratitud á los ofrecimientos de Diego Mendez, y le dijo que no podía aceptarlos.

A las instancias del valeroso caudillo español contestó con nuevas negativas, y Mendez se alejó.

Durante toda la noche permaneció en la orilla, observándolos á favor de la oscuridad.

Viendo los indios que no se alejaban y que espían sus movimientos, se retiraron en direccion al palacio de Quibiam.

No se habia equivocado Mendez.

Todos los sintomas indicaban que el verdadero objeto de los indios era sorprender á los españoles y hacerles pagar caras las libertades que se habian tomado, usurpando sus dominios y apoderándose de sus riquezas.

Corrió Mendez á comunicar al almirante sus descubrimientos; pero Colon atribuyó sus creencias á preocupaciones, porque no podia imaginar tanta perfidia en aquellos hombres.

—No sé lo que haria para convenceros,—dijo Mendez.

—¿Pero tanta es vuestra seguridad?

—Pondria mi cabeza á que meditan contra nosotros un alevoso ataque. De cualquier modo, conviene que no nos cojan desprevenidos.

—Para tranquilizaros y tranquilizarme, voy á llamar á mi presencia á Quibiam.

—Si me lo permitís, yo os propondré otro medio.

—Hablad.

—Yo iré hasta su palacio.

—¿Vos?

—Yo, sí.

—¿Pero con algunos soldados?

—No, solo; á lo sumo llevaré un compañero.

—¿Cuál es vuestro objeto?

—Penetrar amistosamente en la morada de Quibiam, observarle, ser allí un activo espía y comunicaros cuanto vea y sospeche para evitar las funestas consecuencias de una emboscada.

—Jugais la vida en esa empresa.

—Sé que la juego; pero no importa, así libro de la muerte á mis hermanos.

—¿Estais resuelto á partir?

—Resueltísimo.

—¿Y quién ha de acompañaros?

—Mi buen amigo Rodrigo de Escobar.

Acordado así, Mendez y Escobar desembarcaron en la costa, y por la orilla, dejando á un lado los espesos bosques que en el primer viaje de exploracion habian molestado tanto á los españoles, llegaron á la entrada del camino espacioso que conducia á la morada de Quibiam.